

XV

Matho



CARTAGO rebosaba regocijo, regocijo grande, desmedido, frenético, habianse compuesto los boquetes de la ruina, envuelto á pintar las estátuas de los dioses, el mirto alfombraba las calles, el incienso ardía en las encrucijadas y la multitud en las galeras formaba con sus trajes abigarrados como cestas de flores que se espandíen al aire libre.

Oyóse entonces un clamor inmenso, los címbalos y cró-talos sonaron más fuerte, los tambores atronaron, y el gran palio de púrpura se hundió entre dos pilones.

En el primer piso reapareció. Salammbó andaba debajo, lentamente, y luego atravesó la galería. Sentóse en una especie de trono esculpido en un carapacho de tortuga. Se colocó bajo sus piés un escabel de marfil de tres gradas, en el borde de la primera se arrodillaban dos niños negros, allí de vez en cuando apoyaba en su cabeza los brazos cargados de anillos.

De los piés á las caderas hallábase envuelta de una red de mallas que imitaban las escamas de un pez y que brillaban como nácar; un cinto azul oprimía su talle dejando ver su seno por dos escotes en figura de media luna; arrequives de carbunclos ocultaban los pezones.

Llevaba á la cabeza una toca de plumas de pavo cuajadas de pedrería; un amplio manto, como la nieve flotaba tras ella, y pegados los codos al cuerpo, apretadas las rodillas, con aros de diamantes en los antebrazos, permanecía erguido, en actitud hierática.

Su padre y su esposo hallábanse en dos asientos más bajos. Narr'Havas vestido con cimarra llevaba su corona de sal gema de la que salían dos trenzas de cabellos torcidas como cuernos de Hannon; y Hamilcar cubierto con una túnica violeta sembrada de pámpanos de oro, ceñía aún su espada de combate.

El pilón del templo de Hannon en el espacio encuadrado por las mesas, se mordía la cola describiendo un gran círculo negro en cuyo centro una columna de cobre sostenía un huevo de cristal; y como el sol daba allí, sus rayos se dispersaban por todas partes, detrás de Salammbó escalonábanse los sacerdotes de Tanit, á su derecha los Ancianos y al otro lado los Ricos.

En el fondo los sacerdotes de Moloch. Los demás colegios ocupaban las galerías inferiores. La multitud llenaba las calles. Se remontaba por las casas y largas filas llegaban á la cúspide de la Acrópolis. Teniendo á sus piés el pueblo, sobre su cabeza el firmamento, y en torno suyo la

inmensidad del mar, el golfo, las montañas y la perspectiva de las provincias, Salammbó resplandeciente se confundía con Tanit y parecía el genio mismo de Cartago, su alma corpórea.

El festín debía durar toda la noche. Grandes jarros de ámbar, ánforas de vidrio azul se mezclaban en la doble fila de platos; racimos de uvas con sus hojas estaban enroscados como tirso á cepas de marfil, témpanos de nieve se derretían en bandejas de ébano.

Entre tanto los esclavos, con la túnica arremangada corrían de puntillas, de vez en cuando las liras tocaban un himno, ó bien se elevaba un coro de voces. El rumor del pueblo continuo como el ruido del mar, flotaba vagamente en torno del festín y parecía arrullarlo con una armonía más prolongada; algunos se acordaban del festín de los Mercenarios, se concebían ensueños de felicidad; el sol se encaminaba á su ocaso, y el cuarto creciente de la luna se mostraba ya en el otro extremo del horizonte.

Salammbó como si alguien hubiese pronunciado su nombre, volvió la cabeza; el pueblo que la contemplaba siguió la dirección de sus ojos.

En la cima de la Acrópolis la puerta del calabozo, tallada en la roca al pié del templo acababa de abrirse y en el umbral un hombre estaba de pié.

Salió encorvado y azorado como una bestia indómita á la que se devuelve su libertad.

La claridad le deslumbraba; permaneció un rato inmóvil, todos le habían reconocido y contuvieron el aliento.

Aquella víctima representaba para ellos una cosa singular y revestida de un esplendor casi religioso. Se inclinaban para verle, en especial las mujeres. Estas anhelaban conocer al que había hecho morir á sus hijos y sus esposos, y del fondo de su alma brotaba, á pesar suyo, una curiosidad infame, el deseo de conocerle completamente, deseo mezclado con remordimientos y que se convertía en un colmo de execración.

Avanzó al cabo; entonces se desvaneció el aturdimiento de la sorpresa. Muchos brazos se levantaron, y ya no se le vió.

El rumor de las voces se confundía con el grito de los aguadores que regaban las losas; esclavos de Hamílcar ofrecían en nombre de su amo cebada perlada y pedazos de carne cruda; se preguntaban mutuamente; se abrazaban llorando; las ciudades tirias les habían abierto sus puertas, y los nómadas andaban dispersos, los bárbaros quedaban aniquilados. La Acrópolis desaparecía bajo velarios de colores; los espolones de las trirremes alineados más allá del muelle resplandecían como diamantes; por todas partes aparecía el orden restablecido y empezaba una nueva vida; una felicidad sin límites les embargaba: era el día del casamiento de Salammbó con el rey de los númeridas.

En la azotea del templo de Khamon, joyas admirables llenaban tres mesas á las que debían sentarse los sacerdotes, los Ancianos y los Ricos; había otra más alta para Hamílcar, para Narr'Havas y para ella; porque Salammbó al restituir el velo había salvado á la Patria, y el pueblo celebraba sus bodas como una fiesta nacional, y abajo, en la playa, esperaba su aparición.

Pero otro deseo más acre irritaba su impaciencia; le habían prometido para la ceremonia la muerte de Matho.

Se pensó primero en desollarle vivo, echarle plomo derretido en las entrañas, hacerle morir de hambre; se le ataría á un arbol y un mono le aplastaría la cabeza con una piedra; había ofendido á Tanit. Otros opinaban que se le debía pasear sobre un dromedario, después de haberle clavado en diferentes partes del cuerpo mechas de lino empapadas en aceite; y se regocijaban con la idea del enorme animal errante por las calles de la ciudad como un candelabro agitado por el viento.

Pero ¿á qué ciudadanos se encargaría este servicio y como desairar á los demás? Buscábase un género de

muerte del que participara la ciudad entera, y que todas las manos, todas las armas, todas las cosas y aún todas las piedras de las calles, y las olas del golfo pudiesen desgarrarle, aplastarle, aniquilarle. Por eso los Ancianos decidieron que iría de la cárcel á la plaza de Khamon, sin escolta, con los brazos atados á la espalda; y quedaba prohibido herirle en el corazón para matarle al punto, tocar á sus ojos impidiéndole ver el fin de su tortura, lanzar contra él cosa alguna ó golpearle con más de tres dedos á la vez.

Aunque no saldría hasta anochecido, alguna vez creían verle, y la multitud se precipitaba hacia la Acrópolis, las calles quedaban desiertas, y luego volvían á llenarse con un rumor prolongado. Desde la víspera, innumerables curiosos permanecían de pie en el mismo sitio, y de lejos le mostraban las uñas increpándole. Otros paseaban agitados; algunos estaban pálidos como si se tratase de su propia ejecución.

De pronto, en los Mappales, altos abanicos de plumas se levantaron. Era Salammbó que salía de su palacio, todos desahogaron su pecho suspirando. Tardó en llegar el cortejo que caminaba despacio.

Iban primero los sacerdotes de los Pataicos, y luego los de Eschmun, los de Melkarth y los colegios restantes con las insignias y el orden de un sacrificio. Los pontífices de Moloch pasaron con la cabeza baja, y la multitud poseída de cierto remordimiento apartaba de ellos la vista.

Aquel día el elemento femenino lo dominaba todo y todo lo confundía; una lascivia mística alentaba en el aire cargado de perfumes; ardían ya las antorchas en el fondo de los bosques sagrados; durante la noche debía imperar la prostitución ritual; tres buques habían traído de Sicilia cortesanas y otras habían llegado del desierto.

A medida que iban llegando los colegios alineábanse en los patios del templo, en las galerías exteriores y á lo

largo de las escaleras. Hileras de túnicas blancas aparecían entre las columnatas.

Pronto acudieron los inspectores de las rentas, los gobernadores de las provincias y todos los Ricos. Afluyó la muchedumbre que fué rechazada á estacazo limpio por los hieródulos; y en medio de los Ancianos, con sus tiaras de oro, en una litera cubierta con dosel de púrpura, apareció Salammbó.

La escalera de la Acrópolis se componía de sesenta peldaños. Los bajó como si rodase por el cauce de un torrente de lo alto de una montaña; tres veces se le vió rebotar y luego, al pié de la escalera, cayó de rodillas.

De sus espaldas brotaba sangre, su pecho se agitaba convulsivamente, y para romper sus ligaduras hizo tan sobrehumano esfuerzo, que sus brazos cruzados sobre su desnuda espalda, se hincharon como anillos de serpiente. Del sitio en que se hallaba partían muchas calles. En cada una de estas, triple hilera de cadenas de bronce, sujetas al ombligo de los dioses, se extendía de una á otra pared paralelamente: la multitud estaba agrupada junto á las casas, y en el centro los servidores de los Antiguos, paseaban blandiendo sus látigos.

Uno de ellos le empujó dándole un palo. Matho echó á andar.

La gente tendía sus brazos por encima de las cadenas gritando que se le había concedido un paso muy ancho; y él andaba pellizcado, punzado, desgarrado por todos aquellos dedos. Cuando llegaba al extremo de una calle, otra calle aparecía ante él; muchas veces se echó á un lado para morder á sus verdugos, y todos se separaban, las cadenas le retenían y la multitud prorrumpía en una carcajada.

Un niño le desgarró la oreja; una joven que ocultaba en su manga la punta de un huro le atravesó la mejilla; le arrancaban puñados de cabellos, jirones de carne, otros

con palos en cuya punta habían clavado esponjas empapadas en inmundicias le restregaban el rostro con ellas.

Del lado derecho del cuello brotó un chorro de sangre; entonces fué un verdadero delirio. Aquel último bárbaro representaba para ellos á todos los bárbaros, á todo el ejército; se vengaban en él de sus desastres, de sus derrotas, de sus oprobios. La rabia del pueblo crecía al satisfacerse; las cadenas demasiado tendidas se arqueaban, iban á romperse; ni siquiera sentían los golpes de los esclavos que les azotaban para rechazarles; otros estaban subidos á todas las salientes de las paredes; todas las aberturas de las casas estaban tapadas con cabezas que se movían frenéticas; y el mal que no podían hacer lo vociferaban.

Eran injurias atroces, inmundas, imprecaciones, y como no les bastaba su dolor presente, le anunciaban otros más terribles para la eternidad.

Aquel tremendo clamor llenaba á Cartago con una continuidad estúpida. A menudo, una sola sílaba, una entonación ronca, profunda, frenética, era repetida durante unos minutos por el pueblo entero.

Desde su base hasta su cima, vibraban las paredes y á Matho le parecía que las fachadas le acometían y se levantaban del suelo como dos brazos inmensos que le ahogasen en el aire.

Se acordaba de que otra vez había experimentado algo parecido. Era la misma multitud en las terrazas, iguales miradas, igual cólera; pero entonces caminaba libre, todos se apartaban, un dios le protegía, y aquel recuerdo precisándose poco á poco le infundía una tristeza abrumadora. Nublábanse sus ojos; la ciudad le parecía como agitada por un torbellino, la sangre se escapaba por una herida de la cadera, sentíase morir, dobláronse sus jarretes y cayó sobre las losas.

Alguien cogió en el persistilo del templo de Melkarth la barra de un trípode enrojecida al fuego, y deslizándola

bajo la primera cadena, la apoyó en su llaga. Humeó la carne; la rechifla del pueblo ahogó su voz; estaba en pie,

Seis pasos más lejos cayó de nuevo, y volvió á caer después; siempre le levantaba un nuevo suplicio. Por medio de tubos le lanzaban gotitas de aceite hirviendo; echaron en el camino que debía recorrer trozos de vidrio; caminaba sin descanso. En la esquina de la calle de Satheb, se apoyó de espaldas contra una pared y se detuvo.

Los esclavos del Consejo le golpearon con sus látigos de cuero de hipopótamo tan furiosamente y durante tanto tiempo, que las franjas de su túnica estaban embebidas de sudor. Matho parecía insensible; de pronto tomó impulso y se puso á correr á la ventura castañateando los dientes como si tuviera un frío intenso. Enfiló la calle de Budés y la de Scoepo, atravesó el mercado de las yerbas y llegó á la plaza de Khamon.

Desde aquel instante pertenecía á los sacerdotes. Los esclavos apartaban á la muchedumbre. Había más espacio. Matho miró á su alrededor y sus ojos encontraron á Salammbó.

Desde el primer paso que había dado, levantóse aquella; luego, involuntariamente, á medida que se aproximaba, se adelantó poco á poco hasta el borde de la terraza, y bien pronto borrándose cuando la rodeaba, sólo vió á Matho. Como un inmenso silencio llenaba su alma, uno de esos abismos en que el mundo entero desaparece bajo la presión de un pensamiento único, de un recuerdo, de una mirada. Aquel hombre que caminaba hacia ella la atraía.

No tenía ya, salvo los ojos, apariencia humana; era una larga forma completamente roja; sus cuerdas, rotas, pendían á lo largo de sus muslos, pero se las distinguía de los tendones de sus muñecas despellejadas. Tenía la boca abierta; de sus órbitas salían dos llamas que parecían subir hasta sus cabellos;—¡y el miserable caminaba sin cansol!

Llegó hasta el pie de la terraza. Salammbó se inclinaba sobre la balaustrada; aquellas espantosas pupilas la contemplaban y tuvo conciencia de todo lo que había sufrido por ella. Aun cuando agonizaba, le veía en su tienda de rodillas, rodeándole el talle con sus brazos, balbuceando palabras cariñosas; tenía sed de oirlas aún, de sentir las; ¡no quería que muriera! En aquel instante Matho tuvo un gran estremecimiento; Salammbó iba á gritar. Cayó hacia atrás, y no se movió ya.

Salammbó, casi desvanecida, fué llevada á su trono por los sacerdotes que la rodeaban. La felicitaban; era su obra, todos palmoteaban y vociferaban su nombre.

Un hombre se lanzó sobre el cadáver. Aun cuando no llevaba barba, le cubría el manto de los sacerdotes de Moloch, y pendía de su cinturón una especie de cuchillo que les servía para partir las carnes sagradas y que terminaba en el extremo del mango en una espátula de oro.

De un solo golpe hendió el pecho de Matho, luego le arrancó el corazón, lo puso sobre la cuchara; y Schahabarrim, levantando el brazo, lo ofreció al sol. Hundíase detrás de las olas, sus rayos llegaban como largas flechas hasta el corazón enrojecido. El astro se hundía en el mar á medida que las palpitations disminuían; al último latido desapareció.

Entonces, desde el golfo hasta la laguna y del istmo al faro, en todas las calles, sobre todas las casas y los templos resonó un clamor inmenso; á veces se detenía, después continuaba; á su choque temblaban los edificios; Cartago parecía convulsa en el espasmo de una alegría titánica y de una esperanza sin límites.

Narr'Havas, embriagado de orgullo, ciñó con su brazo izquierdo el talle de Salammbó en señal de posesión, y con la derecha, tomando una patera de oro, bebió por el genio de Cartago.

Salammbó levantóse como su esposo con una copa en

la mano, para beber también. Cayó con la cabeza hacia atrás sobre el respaldo de su trono, pálida y con los labios entreabiertos,—y sus cabellos desatados llegaban hasta el suelo.

Así murió la hija de Hamilcar, por haber tocado el manto de Tanit.

---

\* FIN \*

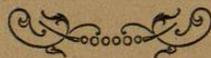
---

---

## ÍNDICE

---

	<u>Páginas</u>
El festín . . . . .	5
En Sicca . . . . .	25
Salammbó . . . . .	49
Bajo las murallas de Cartago . . . . .	59
Tanit . . . . .	79
Hannon . . . . .	95
Hamilcar Barca . . . . .	117
La batalla del Macar . . . . .	155
En campaña . . . . .	173
La serpiente . . . . .	185
En la tienda . . . . .	197
El acueducto . . . . .	217
Moloch . . . . .	235
El desfiladero del Hacha . . . . .	267
Matho . . . . .	307



## CASA EDITORIAL MAUCCI

Mallorca, 226 y 228.—Apartado de Correos, 189

BARCELONA

---

### ULTIMAS PUBLICACIONES

---

#### ENRIQUE SIENKIEWICZ

<i>Quo vadis?</i> (60 millar) . . . . .	2 tomos
<i>Más allá del misterio.</i> . . . . .	1 >
<i>Luchar en vano.</i> . . . . .	1 >
<i>A Sangre y Fuego.</i> . . . . .	2 >
<i>Sigámosle.</i> . . . . .	1 >

#### CONDE LEÓN TOLSTOY

<i>Imitaciones.—Los Cosacos.</i> . . . . .	1 >
<i>La Esclavitud Moderna.</i> . . . . .	1 >

#### GUSTAVO FLAUBERT

<i>La Señora de Bovary.</i> . . . . .	2 >
---------------------------------------	-----

#### JOSÉ NOGALES Y NOGALES

<i>Mariquita León</i> (ilustrada). . . . .	1 >
<i>El Ultimo Patriota</i> (en prensa). . . . .	1 >

---



